

D. H. Lawrence
El pavo real blanco

A.hache

Literatura_novela

Título original: *The White Peacock*

Traducción: Patricia Scott

Editor: Mariano García

Coordinación editorial: Gabriela Di Giuseppe

Diseño e identidad de colecciones: Vanina Scolavino

Imagen de tapa: Gastón Pérsico

Retrato de autor: Gabriel Altamirano

Primera edición en España, 2022

© Adriana Hidalgo editora S.A., 2022

www.adrianahidalgo.es

ISBN España: 978-84-19208-22-4

ISBN Argentina: 978-987-8969-11-4

Impreso en España

Depósito legal: M-21083-2022

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso
escrito de la editorial. Todos los derechos reservados

Primera parte	9
I. La gente de Nethermere	11
II. La manzana oscilante	27
III. Un vendedor de ilusiones	43
IV. El padre	61
V. El olor de la sangre	81
VI. La educación de George	101
VII. Lettie arranca las pequeñas uvas doradas	129
VIII. El descontrol de Navidad	157
IX. Lettie se hace mayor de edad	175

Segunda parte	205
I. Extraña floración y extraños brotes	207
II. Una sombra en primavera	241
III. La ironía de los momentos inspirados	261
IV. Bésala cuando esté madura para las lágrimas	289
V. Un flechazo del dios impaciente	311
VI. El cortejo	323
VII. La fascinación por la manzana prohibida	335
VIII. Un poema de amistad	355
IX. Pastorales y peonías	367

Tercera parte	382
I. Un nuevo comienzo en la vida	385
II. Ráfagas de viento en la travesía	405
III. La primera página de varios romances	417
IV. La vida doméstica en El Carnero	435
V. El sufrimiento como tema dominante	451
VI. Pisgah	469
VII. La pendiente escarpada	493
VIII. Una perspectiva desde las ciénagas del Leteo	507

Primera parte

Capítulo I

La gente de Nethermere

Me había detenido a mirar los sombríos peces que se deslizaban a través de la penumbra del estanque del molino. Eran grises, descendientes de los seres plateados que habían huido de los monjes, en aquellos lejanos días en que el valle rebosaba de vigor. El lugar entero parecía sumido en la meditación de viejos tiempos. Los árboles, densamente amontonados en la costa opuesta, eran demasiado oscuros y austeros para jugar con el sol; las malezas se elevaban apretadas e inmóviles; ni una gota de viento sacudía los sauces del islote. El agua se extendía ligera, en intensa quietud. Solo la delgada corriente que caía por el canal del molino susurraba para sí acerca del cúmulo de vida que alguna vez había agitado al valle.

Sobresaltado, casi caigo al agua desde mi asiento entre las raíces del aliso al oír una voz que decía:

–Bueno, ¿qué hay para ver? –Mi amigo era un joven granjero, robusto, de ojos castaños, de piel naturalmente pálida vuelta oscura y pecosa por zonas. Se rio al percibir mi susto y me miró desde arriba con una curiosidad apacible.

–Pensaba en lo antiguo que parece el lugar, meditando sobre su pasado.

Me miró con una sonrisa vaga e indulgente y se recostó de espaldas en la orilla.

–Está agradable para una siesta acá –dijo.

–Tu vida no es más que una siesta. Me voy a reír cuando alguien te despierte de una sacudida.

Sonrió con tranquilidad y puso las manos sobre sus ojos para tapar la luz.

–¿Por qué te reirías? –preguntó lánguidamente.

–Porque será divertido verte –dije.

Estuvimos un largo rato en silencio, luego se dio vuelta y empezó a clavar su dedo en la tierra.

–Me pareció –dijo con ese modo relajado– que había una causa para todo ese zumbido.

Miré y vi que había desenterrado un viejo nido, con una consistencia parecida a la del papel, de esas bonitas abejas de campo que parecen haber remojado sus colas en polvo ámbar brillante. Algunos insectos agitados corrían alrededor del racimo de huevos, muchos de los cuales ya estaban vacíos, sin las coronas; algunas abejas jóvenes se tambaleaban en un vuelo inestable hasta que lograban reunir fuerzas para despegar hacia un rumbo seguro. Él observaba a las pequeñas que entraban y salían entre las sombras de la hierba, de un lado al otro, consternadas.

–¡Ven aquí, ven aquí! –dijo, aprisionando una pequeña abeja debajo de un tallo de pasto, mientras que con otro le abría las alas azules dobladas.

–No molestes a la pequeña mendiga –le dije.

–No la lastimo... solo quería ver si no lograba volar porque no podía desplegar las alas. Listo... no, no va. Probemos con otra.

–Déjalas en paz –dije–. Que corran al sol. Acaban de salir del cascarón. No las atormentes para que vuelen.

Sin embargo, insistió, y a la siguiente le rompió el ala.

–Ay, qué lástima –dijo, y aplastó a la pequeña entre sus dedos. Luego examinó los huevos y sacó una especie de seda que rodeaba a la larva muerta, investigándolo todo de ese modo desganado, mientras me preguntaba todo lo que yo sabía sobre insectos. Al terminar, lanzó el racimo de huevos al agua y se puso de pie, sacando el reloj de lo más profundo de su bolsillo trasero.

–Me parecía que ya era la hora del almuerzo –dijo, sonriéndome–. Siempre sé cuándo son alrededor de las doce. ¿Vienes a casa?

–Voy para abajo de todas formas –dije mientras rodeamos la orilla del estanque y pasamos por la tabla que hacía de puente para cruzar la parte alta del canal en pendiente. La orilla donde el viejo huerto torcía sus árboles era un declive empinado, largo y brusco, que bajaba hasta el jardín.

Las piedras de la vieja casa estaban recargadas de hiedra y madreSelva y el gran arbusto de lilas que alguna vez custodiara el pórtico ahora casi bloqueaba la entrada. Atravesamos el jardín de adelante hacia el corral y avanzamos por el camino de ladrillo hasta la puerta trasera.

–Cierra la puerta, por favor –me dijo por encima del hombro, mientras pasaba primero.

Atravesamos el largo fregadero hacia la cocina. La criada tironeaba a las prisas del mantel en el cajón de la mesa y la madre de él, una mujer pequeña y pintoresca con grandes ojos marrones, rondaba por el amplio hogar con una horca.

–¿No está listo el almuerzo? –dijo él, con un dejo de amargura.

–No, George –respondió la madre, disculpándose–, no lo está. El fuego no quería prender. Pero estará listo en unos minutos.

Él se tumbó en el sofá y comenzó a leer su novela. Quería marcharme, pero su madre insistió en que me quedara.

–No te vayas –suplicó–. Emily estará tan contenta si te quedas... y papá también, estoy segura. Ahora, siéntate.

Me senté en la silla de junco que estaba junto a la ventana alargada que miraba hacia el jardín. Mientras, él leía, y como todas las capacidades de la madre estaban absortas en la contemplación de la cocción de las patatas y la carne, me dejaron solo con mis pensamientos. George, indiferente a cualquier reclamo, seguía leyendo. Era muy irritante ver cómo tiraba de su castaño bigote y leía indolentemente mientras el perro se frotaba contra sus polainas y contra la rodilla de su viejo pantalón. Ni siquiera se tomaba el trabajo de jugar con las orejas de Trip, tan satisfecho estaba con su novela y su bigote. Giraba una y otra vez sus dedos gruesos y los músculos de su brazo descubierto se movían levemente bajo la piel de tono marrón rojizo. La pequeña ventana cuadrada arriba suyo filtraba la clara luz verde del follaje del gran castaño de indias cuyo destello caía sobre su cabello oscuro y temblaba sobre los platos que Annie estaba bajando del estante y sobre la esfera del reloj de pie. La cocina era muy grande; la mesa lucía solitaria y las sillas estaban en profundo duelo por la compañía perdida del sofá; la chimenea era una cueva negra alejada al fondo, y los asientos rinconeros de la chimenea cerraban otro compartimento, rojizo por la luz del fuego, por donde rondaba la madre. Era una cocina más bien desolada, toda una extensión desnuda

de lajas grises desiguales, esos rincones oscuros alejados y muebles austeros. Lo único alegre eran las fundas de cretona del sofá y de los cojines del sillón, de un rojo brillante en la desnudez de la habitación sombría; el viejo reloj podría despertar alguna que otra sonrisa, adornado como estaba con inusuales y vívidas aves de corral; a mí me provocaba asombro y reflexión.

Poco después oímos unas botas pesadas arrastrarse fuera y entró el padre. Era un granjero grandote y corpulento, con pequeños rizos crespos esparcidos en su cabeza semicalva.

–Hola, Cyril –dijo animadamente–. No nos has abandonado, entonces. –Y volviéndose hacia su hijo–: ¿Te han quedado muchas hileras por podar en el soto?

–¡Terminado! –contestó George, y continuó leyendo.

–Eso está muy bien... te ocupaste bien de eso. Los conejos mordisquearon todos los nabos, mamá.

–Era de esperar –contestó la esposa, cuya alma estaba en las cacerolas. Finalmente, juzgó que las papas estaban cocidas y salió con la olla humeante.

El almuerzo se sirvió en la mesa y el padre empezó a trinchar. George miró por encima del libro para evaluar la comida y luego leyó hasta que le entregaron su plato. La criada se sentó en su pequeña mesa cerca de la ventana y comenzamos a comer. Se oyó el paso de cuatro pies que se acercaban por el camino de ladrillo y una pequeña niña entró, seguida de su hermana mayor. La larga cabellera castaña de la niña estaba desprolijamente peinada hacia atrás bajo su sombrero marinero. Lanzó a un lado este artículo de su vestimenta y se sentó a la mesa, mientras le hablaba a la madre

sin parar. La hermana mayor, una muchacha de alrededor de veintiún años, me regaló una sonrisa y una mirada radiante con sus ojos marrones y fue a lavarse las manos. Luego regresó, se sentó y miró desconsoladamente la carne mal cocida en su plato.

–Me desagrada esta carne cruda –dijo.

–Es buena para ti –le contestó el hermano, que comía diligentemente–. Te dará músculos para azotar a los niños.

Ella la hizo a un lado y empezó a comer las verduras. Su hermano recargó el plato y siguió comiendo.

–Bueno, querido George, me vendría bien un poco de esa salsa –dijo Mollie, la hermana menor, con un tono herido.

–Por supuesto –le contestó–. ¿No quieres también la articulación?

–¡No! –replicó la niña de doce años–, no creo que hayas comido suficiente aún.

–¡Listilla! –exclamó él, con la boca llena.

–¿Eso crees? –dijo la hermana mayor, sarcásticamente.

–Sí –le contestó complaciente–, veo que la has hecho tan ingeniosa como tú desde que ingresó al sexto grado. Probaré una papa, mamá, si puedes encontrar una que esté cocida.

–Bueno, George, están mezcladas. Estoy segura de que la que probé estaba hecha. Ahí... están mezcladas, fijate esta, está lo suficientemente blanda. Estoy segura de que hirvieron el tiempo suficiente.

–No hace falta que le expliques y te justifiques con él –dijo Emily, irritada.

–Quizá los niños fueron demasiado para ella esta mañana –comentó él, con calma, a nadie en particular.

–No –se metió Mollie–, golpeó a un niño en la nariz y lo hizo sangrar.

–Pequeño desgraciado –dijo Emily, tragando con dificultad–. Y me alegra haberlo hecho, algunos de estos niños pertenecen al... al...

–Al infierno –sugirió George, pero ella no lo iba a admitir si venía de él.

El padre se reía en su sitio; la madre, con preocupación en sus ojos, miró a su hija, que con la cabeza baja dibujaba en el mantel con el dedo.

–¿Son peores que el grupo anterior? –preguntó la madre, suavemente, temerosa.

–No, no especialmente –fue la lacónica respuesta.

–A ella simplemente le dieron ganas de golpearlo –dijo George, llamando, mientras miraba el cuenco del azúcar y su postre–: Trae más azúcar, Annie.

La criada se levantó de la pequeña mesa en el rincón y la madre, apurada, también se dirigió al aparador. Emily jugaba con su comida y le dijo incisivamente:

–Cómo desearía que probaras a enseñar, te curaría de la autocomplacencia.

–¡Bah! –contestó con desdén–. Sin duda puedo hacerle sangrar la nariz a un puñado de niños.

–No estarías ahí sentado quejándote como un ternero engordado –continuó ella.

Esto último le hizo tanta gracia a Mollie que estalló de risa, para terror de su madre, que se quedó de pie, en la trémula aprensión de que se atragantara.

–Hiciste un chiste, Emily –dijo él, mirando las contorsiones de su hermana menor.

Emily estaba demasiado impaciente para continuar hablándole y se levantó de la mesa. Luego los dos hombres se fueron a ver el terreno para los nabos y yo caminé a la par de las muchachas, que iban camino a la escuela.

–Me irrita en todo lo que hace y dice –estalló Emily, enardecida.

–Puede ser un cerdo a veces –dije yo.

–¡Lo es! –insistió ella–. Me irrita más de lo que puedo soportar, con su modo de sabelotodo y su pesada agudeza... no puedo aguantarlo. ¡Y la forma en que mamá se humilla ante él...!

–Te saca de quicio –le dije.

–¡De quicio! –repitió, su voz vibraba con pasión nerviosa. Seguimos caminando en silencio, hasta que preguntó: –¿Me has traído esos versos tuyos?

–No, lo lamento... nuevamente los olvidé. En realidad los he despachado.

–Pero me lo habías prometido.

–Ya sabes cómo son mis promesas. Soy tan irresponsable como un soplo de viento.

Frunció el ceño con impaciencia y su decepción parecía exagerada. Cuando la dejé en la esquina de la calle sentí en mi mente una punzada por su profundo reproche. Siempre sentía sus reproches una vez que se marchaba.

Me topé con el pequeño y brillante arroyo que venía del estanque lleno de maleza del fondo. Las piedras del camino se veían blancas al sol y el agua fluía soñolienta entre ellas. Una o dos mariposas, indistinguibles en el cielo azul, jugueteaban de flor en flor y me condujeron cuesta arriba, a través del campo donde la ardiente luz del sol caía

como en una caldera, y entré en las cavernas del bosque donde los robles se inclinaban y nos deparaban una agradecida sombra. Allí dentro, todo estaba tan quieto y frío que mis pasos sonaban pesados a lo largo del camino. El helecho me tendía sus brazos y el seno del bosque estaba repleto de dulzura, pero seguí mi camino, impulsado por el ataque de un ejército de moscas alrededor de mi cabeza hasta que pasé el arbusto de azaleas en el jardín, donde me dejaron al oler, sin duda, los frascos de vinagre y azúcar de Rebecca.

La casa baja y rojiza, con su techo descolorido y hundido, descansaba al sol y dormía profundamente a la sombra de los enormes arces que la invadían desde el bosque.

No había nadie en el comedor pero podía oír el zumbido de una máquina de coser que venía del pequeño estudio. Sonaba como un gran insecto vengativo revoloteando, ahora más fuerte, ahora más suave, y de repente cesaba. Luego se oyó el tintineo de cuatro o cinco teclas graves del piano de la sala de estar, que siguió hasta que todo el rango había sido cubierto en pequeños saltos, como si una rana muy gorda hubiese saltado de una punta a la otra.

“Esa debe ser mamá quitando el polvo de la sala”, pensé. El inusual sonido del viejo piano me sorprendió. Las cuerdas vocales bajo el sedoso seno verde –uno descubriría que no era un sedoso seno de bronce al levantar el paño– se habían vuelto tan delgadas y desafinadas como las de una anciana desecada. Los años habían amarilleado los dientes del pequeño piano de mi madre y encogido sus torcidas patas. Pobre vejstorio, no podía más que chillar como respuesta a los dedos de Lettie que lo recorría con

desprecio, de modo que sus delicados labios oscuros estaban siempre cerrados, salvo para permitir la entrada del plumero.

Ahora, sin embargo, el pequeño piano de solterona empezó a cantar una tintineante melodía victoriana, e imaginé que quien lo tocaba era una modesta señorita de rizos, con forma de racimos de lúpulos, que le enmarcan el rostro. La tímida melodía me suscitaba antiguas sensaciones, pero mi memoria no ayudaba. Mientras estaba de pie tratando de ordenar estos vagos sentimientos, Rebecca entró a retirar el mantel de la mesa.

-¿Quién está tocando, Beck? -pregunté.

-Tu madre, Cyril.

-Pero nunca toca. Pensé que no podía hacerlo.

-Ah -contestó Rebecca-, no recuerdas que cuando eras pequeño te sentabas a tocar junto a sus faldas con el libro de oraciones, y ella te cantaba. No puedes recordarla con sus largos rizos que caían como lazos de seda marrón. No puedes acordarte de cuando ella solía tocar y cantar, antes de que llegara Lettie y tu padre se...

Rebecca se dio vuelta y dejó la habitación. Fui y espíe la sala. Mamá estaba sentada frente al pequeño piano marrón, con sus dedos rollizos y tensos moviéndose a lo largo de las teclas, con una sutil sonrisa en sus labios. En ese momento, Lettie pasó volando a mi lado, y estiró sus brazos alrededor del cuello de mamá, besándola mientras decía:

-¡Ay, mi querida, mira qué bien estás tocando el piano! Ay, mujercita, nunca supimos que podías hacerlo.

-Yo tampoco -contestó mamá mientras reía, liberándose-. Solo quería saber si podía tocar esta vieja canción; la

aprendí cuando era tan solo una niña, en este piano. Ya estaba resquebrajado entonces; el único que he tenido.

–Pero toca otra vez, querida, por favor. Sonaba como el tintineo de vasos de cristal y te ves tan pintoresca en el piano. ¡Toca, mi querida! –suplicó Lettie.

–No –dijo mi madre–, el tacto de las viejas teclas en mis dedos me está poniendo sentimental... ¿Quisieran verme entregada a las lágrimas de la vejez?

–¡Vejez! –la retó Lettie, besándola otra vez–. Eres lo bastante joven para continuar tocando pequeños romances. Cuéntanos sobre ello, mamá.

–¿Sobre qué, hija?

–Cuando solías tocar.

–¿Antes de que mis dedos tuvieran la rigidez de los cincuenta años? ¿Dónde estabas, Cyril, que no viniste a comer?

–Estaba en Strelley Mill –dije.

–Por supuesto –contestó mi madre con frialdad.

–¿Por qué “por supuesto”? –pregunté.

–¿Y volviste tan pronto Em se fue a la escuela? –dijo Lettie.

–Sí –dije.

Estaban enojadas conmigo, las dos mujeres. Luego de dejar de lado la punzada de resentimiento, dije:

–Quisieron que me quedara a almorzar.

Mi madre no me concedió respuesta alguna.

–¿Y el Gran George ya ha conseguido alguna chica? –preguntó Lettie.

–No –contesté–, y no lo hará jamás a este paso. Nunca nadie será lo suficientemente buena para él.

–Realmente no sé qué ves en ellos para ir allí con tanta frecuencia.

–No seas cruel, madre –contesté, molesto–. Sabes que me agradan.

–Sé que te agrada ella –dijo mi madre, sarcásticamente–. En cuanto a él, es un diamante en bruto. Qué se puede esperar cuando su madre lo ha malcriado tanto. Pero me pregunto por qué estás tan interesado en pulirlo –resopló despectiva.

–Es bastante atractivo –dijo Lettie con una sonrisa.

–Podrías convertirlo en todo un hombre, estoy seguro –dije, inclinándome irónico hacia ella.

–No estoy interesada –replicó, también irónicamente.

Luego sacudió su cabeza, y su cabello fino, libre de lazos, creó una bruma luminosa al sol.

–¿Qué vestido usaré, mamá? –preguntó.

–Ah, no me preguntes a mí –contestó ella.

–Creo que me pondré el heliotropo... aunque este sol lo va a desteñir –dijo pensativa. Era alta, de casi un metro ochenta, pero muy delgada. Su pelo era rubio, con tendencia a un castaño claro. Tenía unos ojos y cejas hermosas, pero la nariz no era linda. Sus manos eran muy bonitas.

–¿A dónde vas? –pregunté.

No me respondió.

–¿A lo de Tempest! –dije. No me contestó–. Bueno, no sé qué ves en él –continué.

–¡Ciertamente! –dijo ella–. Es tan bueno como cualquier otro... –Y luego ambos comenzamos a reírnos–. No es que –continué, sonrojada– tenga que pensar algo sobre él. Solo estoy yendo a jugar al tenis. ¿Vienes?

–¿Qué dirías si aceptara? –le pregunté.

–¡Ah! –sacudió su cabeza–. Estaríamos todos encantados, te lo aseguro.

–¡Hurra! –dije yo, con fina ironía.

Se rio de mí, se sonrojó y se fue corriendo para arriba.

Media hora más tarde asomó la cabeza en el estudio para decirme adiós, quería saber si aprobaba su aspecto. Estaba tan encantadora en su vestido fresco de lino y sombrero floreado que no pude más que sentirme orgulloso de ella. Esperaba que la siguiera hasta la ventana, porque al pasar entre las grandes azaleas violetas me saludó con sus mitones de encaje, luego centelleó como una flor que se mueve brillante entre los avellanos verdes. El camino se extendía a lo largo del bosque en la dirección opuesta a Strelley Mill, por el sendero rojo que se abría entre el espacio de árboles dispersos hacia la ruta principal. Esta ruta corría a lo largo del fondo de nuestra laguna, Nethermere, por casi medio kilómetro. Nethermere es la más baja de una cadena de tres lagunas. Las otras son la laguna alta y la baja de Strelley; esta es la más grande y más cautivante extensión de agua, una milla de largo y como un cuarto de milla de ancho. Nuestro bosque corre hacia abajo hasta al borde del agua. En la orilla de enfrente, una colina más allá de la esquina más alejada del lago, está Highclose. Desde allí nos observa con un solo ojo a nosotros en Woodside, por así decirlo, mientras que nuestra casita de campo lanza una mirada de soslayo a la orgullosa casa y espía con falsa modestia por entre los árboles.

Podía ver a Lettie que se escabullía como un velero distante sobre el borde del agua, su parasol flotando por encima. Dio la vuelta por la pequeña puerta debajo de la mata de pinos, trepó el terreno empinado y de nuevo estuvo rodeada por los árboles junto a Highclose.

Leslie estaba despatarrado en una silla plegable bajo un haya roja en el jardín, su cigarro ardiendo. Observaba cómo la ceniza se volvía extraña y gris a la luz del día y sintió pena por la pobre Nell Wycherley, a quien había llevado esa mañana a la estación, porque ¿acaso no se iría cayendo a pedazos, a medida que el tren la alejara cada vez más? Estas chicas pueden ser tan ridículas con un hombre. Pero Nell era una linda mujercita... le pediría a Marie que le escribiese algo.

En ese momento divisó un parasol revoloteando a lo largo del camino e inmediatamente cayó en un sueño profundo, con un pequeño resquicio de duermevela que le permitió ver a Lettie acercarse. Ella, encontrándose con su centinela tan descortésmente dormido y con su cigarro, en lugar de una lámpara sin aceite, rompió una ramita de jeringuilla cuyos pimpollos de marfil no habían brotado aún con su exquisito aroma. No sé cómo la punta de su nariz le cosquilleó con anticipación, antes de que ella le hiciera cosquillas, pero se mantuvo quieto hasta que los pétalos lo rozaron. Luego, arrancado de su sueño, exclamó:

–¡Lettie! Estaba soñando con besos.

–¿En el tabique de la nariz? –rió ella–, ¿de quién eran esos besos?

–¿Quién produjo la sensación? –sonrió.

–Ya que solo te di unos golpecitos en la nariz, debiste soñar con...

–¡Sigue! –dijo él, expectante.

–El partero de Tristram Shandy –contestó, sonriendo para sí, mientras cerraba el parasol.

–No conozco al caballero –dijo, temeroso de que ella se estuviera burlando de él.

–No, tu nariz es bastante clásica –le contestó, y le ofreció una de esas íntimas miradas breves con que las mujeres coquetean tan astutamente. Él irradiaba satisfacción.